

La Posada Roja

Honoré de Balzac

Colección: Moby Dick N.º 129

Traducido por: Alfonso Díaz-Piquet

Segunda edición: octubre 1987

Ed. Juan Granica, S.A.

Bertrán, 107 08023-Barcelona 1987

Impreso en: Lifusa Maestro J. Corrales, 82-84 08950-Esplugues de Llobregat (Barcelona)

ISBN: 84-7577-155-6 Depósito Legal: B. 23.4911987

Copyright: De esta edición:

Ediciones Juan Granica, S.A. Betrán, 107. 08023Barcelona.

Honoré de Balzac (1799-1850), es uno de los más grandes novelistas franceses del siglo XIX. Su obra analiza profundamente la sociedad de su tiempo, en la que las estructuras tradicionales habían hecho crisis, y aún ahora, cien años después, sus novelas no han perdido vigencia. En 'La Posada Roja' manifiesta su afición por las intrigas trágicas. El análisis del angustioso estado de ánimo de su protagonista justifica plenamente el éxito de este relato.

Honoré de Balzac (1799-1850)

Biografía

Hijo primogénito de un antiguo campesino que desempeñaba un cargo en la intendencia militar, Honoré de Balzac nació en Tours (Francia) en 1799.

Después de pasar siete años en un internado de Vendôme (1807-1813), siguió a su familia a París donde, durante una serie de meses trabajó con un procurador y un notario. En 1819, graduado en Leyes, Balzac proclamó su vocación de escritor y logró que su familia le concediera un plazo de dos años para demostrar sus aptitudes. Durante quince meses vivió en París, completamente solo, pasando toda clase de privaciones. Escribió su primer drama en verso, 'Cromwell', que resultó ser un fracaso y regresó al hogar paterno. En 1822 conoció a Mme. de Berny, "la dilecta", una dama casada, 22 años mayor que él, que le apoyó siempre desinteresadamente. En este año comenzó a publicar sus primeras novelas, algunas escritas en colaboración o firmadas con pseudónimo. En 1825 se lanzó a una serie de negocios que terminaron en la quiebra en 1828. A partir de este momento decidió consagrarse enteramente a la literatura, y al cabo de unos meses apareció la primera novela firmada con su nombre: 'Le dernier chouan', más tarde titulada 'Les Chouans'; relato histórico sobre la sublevación realista de Bretaña; que tuvo un gran éxito. A partir de 1830 se lanzó a una vertiginosa producción novelística y de la mano de la duquesa de Abrantes fue introducido en los círculos mundanos y los ambientes de los salones literarios; su colaboración en periódicos y revistas era muy solicitada. En 1832 Balzac entró en relaciones con la condesa polaca Eveline Hanska, casada con un terrateniente, con quien sostuvo una larga y apasionada correspondencia. Este mismo año Balzac modificó su actitud política inicial -determinada por la revolución de 1789- para adherirse al recién creado partido legitimista, de corte monárquico. En 1834, año que escribió 'La recherche de l'absolu', concibió la idea de "relacionar todos sus personajes para formar con ellos una sociedad completa". En 'Le père Goriot', 1835, pone en práctica por primera vez el procedimiento de hacer figurar los mismos personajes en novelas distintas.

Balzac, extenuado por el exceso de trabajo, se refugia en las casas de sus fieles amigos los Carraud y los Margonne, al tiempo que se entrevista en el extranjero con la condesa Hanska (lo cual no le impide añadir otros dos nombres, Louise, la condesa Guidobonni-Visconti, Mme. de Berny, Olympe Pellissier, Laure Junot..., a la lista de sus amantes).

En 1838 viaja a Italia y a su regreso es elegido presidente de la 'Société des gens de lettres'. Sus múltiples actividades no interrumpen la sucesión de su obra.

Tras recibir la noticia de la muerte del marido de la condesa Hanska, en 1843, emprendió un viaje para reunirse con ella, y en los años siguientes llevó a cabo nuevos viajes (Alemania, Suiza, Italia...), siempre en compañía de la condesa. Por estas fechas se publican sus últimas grandes novelas.

En 1847 visitó de nuevo a la condesa Hanska en sus propiedades de Ucrania, y de regreso a Francia asistió a las jornadas revolucionarias de febrero de 1848. Su salud se hallaba muy quebrantada y, cuando volvió a Ucrania, antes de terminar el año, se agravó su estado; en marzo de 1850 contrajo matrimonio con la condesa, y en el mes de mayo se instalaron en París, donde el escritor falleció el 18 de agosto.

Obra

'Cromwell' (1820), que no llegó a ver representada en vida; 'L'héritière de Birague' (1822), 'Le vicaire des Ardennes' (1822), 'Annette et le criminel' (1823), etc., novelas históricas, melodramáticas o terroríficas, reflejo de las tendencias de entonces que no le dieron ni fama ni dinero. 'Les Chouans' (1829), 'La physiologie du mariage' (1829), libro de ensayos, a partir de la cual desencadenó una amplia producción novelística: 'El verdugo', 'La Vendetta', 'Le bal de Sceaux', 'La maison du chatqui-pelotte' y 'Une passion dans le désert', todas ellas de 1830; y de 1831, junto a 'Le chef d'oeuvre inconnu', 'L'auberge rouge', y 'Maître Cornelius', la segunda de sus grandes novelas: 'La peau de chagrin'. En 1832 aparecen 'Le curé de Tours', 'El coronel Chabert', 'Louis Lambert et Mme. Firmiani', 'Eugénie Grandet' (1833), cuadro de costumbres provincianas; 'La duchesse de Langeais' (1834); 'La recherche de l'ab solu' (1834); 'Le Père Goriot' (1834); 'Séraphita' (1835); 'Le lys dans la vallée' (1835); 'La fille aux yeux d'or' (1835); 'L'interdiction' (1836); 'La vieille fille' (1836) y, en 1837, dos de sus novelas capitales: la primera parte de 'Les illusions perdues' y 'Grandeur et décadence de César Birotteau', 'La maison Nucingen' (1838); 'Le cabinet des antiques' (1839); la segunda parte de 'Les illusions perdues' (1839); 'Pierrette' (1840);

'Une tenebreuse affaire' (1841); 'Ursule Mirouet' (1841). En octubre de 1841 firmó un contrato para la publicación global de su obra, y surgió el título que debía abarcarla, 'La comédie humaine' (1842). En este mismo año apareció otra de las grandes novelas: 'La Rabouilleuse'. A partir de 1843 se publican las últimas grandes novelas de Balzac: el final de 'Les illusions perdues' (1843), 'Splendeurs et misères des courtisanes' (1844), 'Les paysans' (1845), 'La cousine Bette' (1846), 'Le cousin Pons' (1847), entre otras de menor importancia.

'La comedia humana', que, de acuerdo con el plan primitivo debía constar de 137 novelas, quedó inacabada (sólo 85 se terminaron, quedando otras 50 en estado fragmentario). Dos de estas obras incompletas se publicaron póstumamente: 'Les petits bourgeois' (1854), y 'Los campesinos' (1855). A su producción novelística hay que añadir los 'Contes drolatiques' (1832-1837); el teatro, 'Vautrin' (1840), 'Les ressources de Quinola' (1842), etc., diversas obras de temas muy variados y una copiosísima correspondencia de gran interés.

Comentario

La prosa de Balzac hace revivir ante el lector toda la sociedad francesa de la primera mitad del siglo XIX; haciendo, según su propia expresión "la competencia al registro civil"; la grandeza de esta novelística, una de las de mayor alcance y profundidad de la literatura moderna, reside en la conjunción de una maestría en el arte de narrar y de una extraordinaria hondura en el análisis de los resortes psicológicos y sociales de sus personajes. Plenamente inmerso en la atmósfera moral de la monarquía de julio, el mundo de Balzac es una lúcida imagen de las paradojas y contradicciones en que se debate el hombre y la sociedad modernos, en un momento en que las estructuras tradicionales habían hecho crisis. Sus convicciones religiosas, políticas y sociales distan mucho de comprender a las que impregnan y dan sentido a sus novelas, pero su inconsciente fidelidad a la época en que vivió, la del franco declive de la aristocracia y el auge de la escala de valores de la burguesía triunfante, proporciona al lector de hoy un panorama de actitudes y problemas que no ha perdido su validez con el paso del tiempo.

En 'La Posada Roja', una de sus obras juveniles, Balzac manifestó con mano

segura, su afición por las intrigas trágicas y complicadas y el sentido de una dramática trama secreta que se oculta bajo las apariencias ordinarias de la vida social, que luego habrá de contar entre los principales temas de toda su gran obra. El análisis del angustioso estado de ánimo del protagonista narrado con efectos de obsesión tan pavorosa y tan precisos en su extrema tensión, justifican por sí mismo el éxito del relato.

Índice

- I. ... 17
- II. Concepción y ejecución ... 29
- III. Las dos justicias ... 99

Honoré de Balzac

La Posada Roja

I.

No recuerdo en qué año, un banquero de París, que sostenía con Alemania relaciones comerciales muy extensas, festejaba a un amigo suyo, a uno de esos amigos, largo tiempo desconocidos, que los comerciantes se agencian de vez en cuando por medio de la correspondencia.

como casi todos los alemanes puestos en escena por los autores; y como persona que nada hace a la ligera, hallábase cómodamente sentado a la mesa del banquero, comía con el tradicional apetito tedesco, tan famoso en Europa, y dirigía una concienzuda despedida a la cocina de vigilia. Para honrar a su huésped, el anfitrión había invitado a cinco o seis amigos íntimos, capitalistas o comerciantes, y a varias mujeres amables y bellas, cuya graciosa charla y francos modales armonizaban con la cordialidad germánica. En verdad, si mis lectores hubiesen podido ver, como yo tuve la satisfacción de verla, aquella alegre reunión de personajes que habían escondido sus uñas comerciales para extenderse en consideraciones acerca de los placeres de la vida, les hubiera sido difícil abominar de los descuentos usurarios o renegar de las quiebras. El hombre no puede obrar mal constantemente; así es que, hasta en la sociedad de los piratas, ha de haber horas apacibles durante las cuales, aun hallándose uno en su siniestro buque, ha de parecerle que se está columpiando en una mecedora.

--Espero que el señor Hermann, antes de dejarnos, nos referirá una historia alemana que nos meta miedo.

Estas palabras las pronunció, a los postres, una joven pálida y rubia, que indudablemente había leído los cuentos de Hoffmann y las novelas de Walter Scott. Aquella rubia era la hija única del banquero, hermosa criatura que concluía su educación en el Gimnasium y se desvivía por las piezas que en él se representaban. Los convidados, en el momento en que los presentamos a nuestros lectores, hallábanse en ese feliz estado de pereza y mutismo en que pone una regalada comida cuando uno se ha engañado respecto de su propia potencia digestiva. Los comensales, recostados en sus respectivos asientos y el puño levemente apoyado en el borde de la mesa, jugaban indolentemente con las doradas hojas de sus cuchillos. Cuando una comida llega a tal punto de declinación, gentes hay que se entretienen en machacar las pepitas de una pera, y otros que con el pulgar y el índice hacen bolitas de pan; los enamorados trazan letras informes con los despojos de las frutas; los avaros cuentan sus cuescos y los alinean en sus platos como un dramaturgo dispone sus comparsas en el escenario. Brillat-Savarín dejó de hablar, en su libro, de esas pequeñas felicidades gastronómicas, y eso que era autor que no olvidaba pormenores. Los criados habían desaparecido; los postres encontrábanse como una escuadra después del combate:

desamparados, devastados, echados a perder. Los platos estaban desperdigados por la mesa, a pesar de la obstinación con que el ama de la casa se empeñaba en hacerlos volver a sus respectivos sitios. Algunos se entretenían en mirar vistas de Suiza simétricamente colgadas de las grises paredes del comedor. Ningún convidado se aburría, pues nadie está triste durante la digestión de una comida succulenta. En tales momentos nos gusta pasar el rato en no sé qué sosiego, especie de término medio entre la divagación del pensador y la satisfacción de los animales rumiantes, y al cual habríamos de llamar melancolía material de la gastronomía. No es de extrañar, pues, que los comensales, al oír las anteriores palabras, se volviesen como un solo hombre hacia el buen alemán, pensando todos con delicia que iban a escuchar una balada, siquiera fuese de lo más sosa. En tan benditas pausas, la voz de un narrador siempre suena agradable a nuestros embotados sentidos, de los cuales realza la felicidad negativa.

Yo, que me desvivo por los cuadros, admiraba aquellos rostros regocijados por una sonrisa, alumbrados por las bujías, encendidos por los buenos manjares; al través de los candelabros, de las bateas de porcelana, de las frutas y la cristalería, sus diversas expresiones producían efectos mordaces.

De repente me llamó la atención el aspecto del convidado que estaba frente a mí. Era un hombre de estatura regular, medianamente corpulento, reidor, con la gravedad y los modales de un corredor de bolsa, y, al parecer, de talento no poco notable. No me había fijado aún en aquel personaje, y, al reparar en él, su rostro, indudablemente entenebrecido a causa de la poca luz que le iluminaba, me pareció que había mudado de carácter, es decir, que se había puesto terroso y estaba como tejido de líneas moradas. Su cabeza no parecía sino la cabeza de un moribundo. Inmóvil como los personajes pintados en un diorama, tenía los atontados ojos clavados en las brillantes facetas de un tapón de cristal, pero de fijo no las contaba, sino que estaba abismado en alguna fantástica contemplación de lo venidero o de lo pasado. Después de contemplar largamente aquella cara engañosa, me dije: "¿Está enfermo ese hombre? ¿Ha bebido demasiado? ¿Lo ha arruinado la baja del papel del Estado? ¿Piensa burlar a sus acreedores?"

--Fíjese usted en el vecino de enfrente, y vea si su rostro no es el de un quebrado en ciernes -dije a mi vecina mostrándole la cara del desconocido.

--¡Oh! -me respondió la dama-. Estaría más alegre. -Y moviendo con gracia y a uno y otro lado la cabeza, añadió-: Si ése llega algún día a arruinarse, iré a contarle a Pekín. Posee un millón en tierras. Es un antiguo proveedor de los ejércitos imperiales, un ser original. Casó en segundas nupcias por especulación, y a

pesar de ello hace dichosísima a su mujer. Tiene una hija hermosa a quien no quiso legitimar durante largo tiempo; pero la muerte de su hijo, acaecida en desafío, le obligó a metérsela en casa, pues ya no podía tener más descendencia. De este modo la pobre muchacha pasó a ser de improviso una de las más ricas herederas de París. La pérdida de su hijo único abismó a ese hombre en una pesadumbre que reaparece de vez en cuando.

En esto el proveedor clavó en mí los ojos, y puedo decir que su mirada me hizo estremecer; tan sombría y pensativa era. Sin duda, aquella mirada era resumen y compendio de toda una vida. De pronto el proveedor se animó, cogió el tapón de cristal, lo puso maquinalmente en una botella de agua colocada delante de su plato, y, sonriéndose, volvió la cabeza hacia Hermann. Era evidente que en el cerebro de aquel hombre, enteramente satisfecho por sus goces gastronómicos, no germinaban dos ideas, no pensaba en nada. Así es que, hasta cierto punto, me avergoncé de prodigar mi ciencia adivinatoria 'in anima vili' de un obtuso proveedor.

Mientras me entregaba yo vanamente a mis observaciones frenológicas, el buen alemán tomó un buen polvo de rapé y dio principio a su relato, relato que me sería más que medianamente difícil reproducir aquí en los propios términos, con sus frecuentes interrupciones y sus

digresiones verbales. Ésta es la razón por la cual lo he escrito a mi manera, haciendo responsable de los defectos al nurembergués, y apropiándome lo que tenga de interesante y poético, con el candor de los escritores que se olvidan de poner en la portada de sus libros: 'Traducido del alemán'.

II. Concepción y ejecución

El 20 de octubre de 1799, dos jóvenes salidos de Bonn por la mañana, a la caída de la tarde llegaron a las cercanías de Andernach, pequeña población sita en la margen izquierda del Rhin, a pocas leguas de Coblenza. A la sazón, el ejército francés, mandado por el general Augereau, maniobraba en presencia de los austriacos, que ocupaban la orilla derecha del río.

El cuartel general de la división republicana estaba en Coblenza, y una de las

medias brigadas pertenecientes al cuerpo de ejército de Augereau encontrábase acantonada en Andernach. Ambos viajeros eran franceses, y por los uniformes azules y blancos que vestían, con visos de terciopelo rojo en sus sables, y sobre todo por sus sombreros envueltos en sendas fundas de hule verde y adornados de plumeros tricolores, los campesinos alemanes comprendieron que los dos mozos eran cirujanos militares, hombres de saber y mérito, generalmente apreciados, no sólo en el ejército, sino también en las tierras invadidas por nuestros soldados. Por aquel entonces, muchos hijos de familia, arrancados de las aulas de medicina en virtud de la reciente ley de quintas formulada por el general Jourdan, habían naturalmente preferido continuar sus estudios en los campos de batalla a verse obligados al servicio militar, poco en armonía con su educación primera y su tranquila existencia. Hombres de ciencia, pacíficos y serviciales, aquellos jóvenes sembraban algún bien en medio de tantas desdichas, y simpatizaban con los eruditos de las diversas regiones por donde pasaba la cruel civilización de la República. Provistos de hojas de ruta y de comisiones de 'subayudante' firmadas por Coste y Bernadotte, aquellos dos mozos iban al encuentro de la media brigada a la que estaban incorporados. Ambos pertenecían a familias menestrales de Beauvais medianamente acomodadas, pero en las que las costumbres pacíficas y la lealtad provinciana transmitíanse como parte de la herencia. Llevados al teatro de la guerra antes de la fecha señalada para entrar en el ejército de su cargo, y movidos por una curiosidad muy propia en la juventud, habían viajado en diligencia hasta Estrasburgo; y es que, a pesar de que sus respectivas madres, instigadas por la prudencia, no les entregaron más que una cantidad de dinero insignificante, teníanse por ricos con la posesión de algunos luises, verdadero tesoro en una época en que los asignados andaban por los suelos y el oro por las nubes. Los dos subayudantes, que apenas tenían veinte años, se entregaron a la poesía de su situación con todo el entusiasmo de la juventud. En el trayecto de Estrasburgo a Bonn, recorrieron el Electorado y las orillas del Rin como artistas, filósofos y observadores. Cuando estamos destinados a cumplir un fin científico, a esa edad somos realmente múltiples. Aun galanteando o viajando, un subayudante ha de atesorar los rudimentos de su fortuna o de su gloria venideras. Ambos jóvenes habíanse entregado, pues, a esa honda admiración que los hombres instruidos experimentan al contemplar las orillas del Rin y el paisaje de Suabia, entre Mayen y Colonia, terreno vivaz, fecundo, variadísimo, poblado de recuerdos feudales, verdeante, pero que en todas partes conserva las huellas del hierro y el fuego.

Luis XIV y Turena cauterizaron aquella deliciosa comarca.

Acá y acullá montones de ruinas atestiguan el orgullo o quizá la previsión del rey de Versalles, que hizo derribar los admirables castillos que en otro tiempo eran orgullo de aquella parte de Alemania. Viendo aquella tierra maravillosa cubierta de bosques, en la cual abunda lo pintoresco de la edad media, pero en ruinas, se concibe el carácter alemán, sus divagaciones y su misticismo. No obstante, la estancia de los dos amigos en Bonn obedecía a un fin a la vez científico y recreativo. El gran hospital del ejército francoholandés y de la división de Augereau se hallaba establecido en el palacio del Elector. Los subayudantes recién nombrados habían, pues, ido allá para visitar a sus compañeros, entregar cartas de recomendación a sus jefes y familiarizarse con las primeras impresiones de su profesión. Pero allí también, como en todas partes, despojáronse de algunas de esas preocupaciones a las cuales permanecemos tanto tiempo fieles en pro de los monumentos y las bellezas de nuestra tierra natal. Sorprendidos por el aspecto de las columnas de mármol que adornan el palacio del Elector, pasmóles la grandiosidad de los edificios alemanes, y a cada paso descubrieron nuevos tesoros antiguos y modernos. De vez en cuando, los caminos que recorrían los dos amigos al dirigirse a Andernach, conducíanlos a la cúspide de una montaña de granito más elevada que las otras, y allí a través de una escotadura del bosque o de una fragosidad de las peñas, divisaban alguna vista del Rhin, rodeada de tierra arenisca o de frondosa vegetación.

Árboles, valles y senderos exhalaban ese olor otoñal que despierta la fantasía; las cimas de los árboles empezaban a dorarse, a tomar matices subidos u oscuros, señales de vejez; caían las hojas, pero el firmamento ostentaba aún el más bello color de zafiro, y a través del paisaje, entonces alumbrado por los oblicuos rayos del sol poniente, los secos caminos resaltaban como líneas amarillas. A media legua de Andernach los dos amigos avanzaron rodeados del más profundo silencio, cual si la guerra no devastase aquella hermosa comarca, y siguieron un camino trillado por las cabras al través de las ingentes murallas de azulado granito entre las cuales burbujea el Rhin. Poco después los dos descendieron por una de las vertientes de la garganta en lo más bajo de la cual está situada la población, coquetamente asentada junto al río, donde ofrece puerto seguro a los marineros. --Alemania es verdaderamente hermosa -exclamó uno de los dos jóvenes, llamado Próspero Magnán, al divisar las pintadas casas de Andernach, apiñadas como huevos en cesta, y mezcladas de árboles, jardines y flores. Después, y por breve espacio, admiró los puntiagudos tejados de salientes vigas, las escalas de madera, las galerías de mil viviendas apacibles, y las barcas que se balanceaban en el puerto.

Al pronunciar Hermann el nombre de Próspero Magnán, el proveedor cogió la botella del agua, y llenando su vaso lo apuró de un trago; y como el movimiento del capitalista atrajera mi atención, me pareció notar un ligero temblor en sus manos, y algunas gotas de sudor en su frente.

--¿Cómo se llama el proveedor? -pregunté a mi deferente vecina.

--Taillefer -me respondió la interpelada.

--¿Está usted malo? -exclamé, viendo palidecer a aquel singular personaje.

--No, señor -contestó el proveedor, dándome las gracias con un ademán de cortesía. Y haciendo con la cabeza una señal a los comensales, que simultáneamente lo miraron, añadió:-

Escucho.

--He olvidado el nombre del otro joven -siguió diciendo el señor Hermann;- pero puedo afirmar, basándome en las confidencias de Próspero Magnán, que era moreno, delgado y jovial. Si ustedes me lo permiten le llamaré Guillermo, para mayor claridad del relato.

Y el buen alemán reanudó su narración luego de haber bautizado al subayudante francés con un nombre germánico, sin respetos por el romanticismo y el color local.

--Ambos jóvenes -prosiguió-, llegaron a Andernach cerrada la noche, y presumiendo que emplearían mucho tiempo en encontrar a sus jefes, en darse a conocer a ellos y en obtener de los mismos un alojamiento militar en una población ya henchida de soldados, acordaron pasar su última noche de libertad en una hostería situada a un centenar de pasos de Andernach, y cuyos vivos colores, embellecidos por los rayos del sol poniente, habían admirado desde lo alto de las peñas. Toda ella pintada de rojo, aquella hostería resaltaba de extraña suerte en el paisaje, pues constituía una mancha de color que contrastaba con las casas del pueblo, con el verdor de la vegetación y con los cenicientos cambiantes del agua. Aquel establecimiento debía su nombre de 'Posada Roja' al aspecto exterior, que indudablemente le había sido impuesto, desde tiempo inmemorial, por el capricho

de su fundador. Una superstición mercantil bastante natural en los diferentes dueños de aquella hostería, célebre entre los marinos del Rhin, había conservado religiosamente tal aspecto. Al oír el pataleo de los caballos, el dueño de la 'Posada Roja' se llegó a la puerta y exclamó:

--Si tardan ustedes un poco más en llegar, no hubieran tenido otro remedio que dormir al raso, como casi todos sus paisanos, que vivaquean en la otra parte de Andernach. En mi casa está todo ocupado, y si tienen ustedes empeño en dormir en mullida cama, no puedo ofrecerles sino la mía. En cuanto a los caballos, voy a ordenar que les preparen un camastro en un rincón del patio. Hoy mi caballeriza está atestada de cristianos. Y tras una ligera pausa, el posadero añadió:

--¿Vienen ustedes de Francia?

--No, de Bonn, respondió Próspero, y no hemos comido desde esta mañana.

--En cuanto a víveres -dijo el posadero, moviendo la cabeza-, de diez leguas a la redonda vienen a celebrar las bodas en la 'Posada Roja'. Van ustedes a comer a lo príncipe: ¡Pescado del Rhin! Y no puede ponderarse más."

Luego de haber confiado sus fatigadas cabalgaduras al posadero, que llamaba a gritos a sus criados, los dos amigos entraron en el comedor común de la posada. Las densas y blanquecinas nubes que producía una numerosa reunión de fumadores, no les permitieron distinguir al pronto a los individuos con los cuales iban a encontrarse; pero una vez sentados junto a la mesa, y con la paciencia práctica de los viajeros filósofos que han reconocido la inutilidad del ruido, distinguieron, al través de los vapores del tabaco, los accesorios propios de una posada alemana: la estufa, el reloj, los jarros para la cerveza, las pipas enormes; acá y acullá mujeres estrambóticas, judías, alemanas; luego los curtidos rostros de algunos marineros.

En medio de aquella niebla brillaban las charreteras de varios oficiales franceses, cuyas espuelas y sables resonaban incesantemente al dar en las baldosas. Unos jugaban a los naipes, otros disputaban, guardaban silencio, comían, bebían o se paseaban. Una mujer pequeña y rechoncha, tocada con el clásico gorro de terciopelo negro, peto azul bordado de plata, el acerico, el llavero, el broche de plata y los cabellos trenzados, señales distintivas de todas las posaderas alemanas, cuyo traje está, por otra parte, tan exactamente pintado en multitud de estampas que no hay necesidad de describirlo, la mujer del posadero, decimos, hizo esperar y desesperar a los dos amigos con habilidad notable. Poco a poco fue disminuyendo

el ruido, retiráronse los viajeros y se disipó la nube de humo. Cuando pusieron en la mesa los cubiertos para los dos subayudantes y les sirvieron a éstos la clásica carpa del Rhin, daban las once y el comedor estaba desierto.

El silencio de la noche permitía oír vagamente el ruido que hacían los caballos al comer su pienso o al piafar, el murmurio de las aguas del Rhin y los demás rumores indefinibles que animan una posada concurrida cuando se acuestan sus huéspedes. Oíase abrir y cerrar de puertas y ventanas, y resonaban voces que pronunciaban palabras ininteligibles, y, en los cuartos, algunas interpelaciones.

En aquel instante de silencio y de bullicio, los dos franceses y el posadero, ocupado en ponderarles las excelencias de Andernach, la cena, el vino del Rhin, el ejército republicano y su mujer, oyeron, con cierto interés, los roncos gritos de algunos marineros y el zumbir de un buque que llegaba al puerto.

El dueño de la posada, familiarizado sin duda con las guturales interrogaciones de aquellos barqueros, salió precipitadamente y volvió a poco acompañando a un hombrecillo seguido de dos marineros portadores de una pesada maleta y tres o cuatro bultos. Los marineros dejaron su carga en el comedor, y el hombrecillo cogió su maleta y la puso a sus pies, sentándose sin cumplido a la mesa enfrente de los subayudantes.

--"Váyanse ustedes a dormir a bordo, -dijo el recién llegado a los marineros; la posada está llena. Bien mirado, es lo mejor que pueden ustedes hacer.

--Señor -dijo el posadero al hombrecillo, mostrándole la cena servida a los dos franceses-, no me quedan más provisiones que éstas. No hay en casa ni un mendrugo, ni un hueso.

--¿Y repollo? -preguntó el recién venido-.

--Ni para llenar el dedal de mi mujer. Respecto de la cama, ya he tenido el honor de manifestar a usted que no puede contar con otra que la silla en que está usted sentado, ni con más aposento que este comedor".

El hombrecillo, oyendo estas palabras, envolvió al posadero, a los dos franceses y al comedor en una mirada en la que se reflejaron por igual la prudencia y el espanto.

--Al llegar aquí debo hacer observar a ustedes -dijo Hermann interrumpiéndose-, que nunca he sabido el verdadero nombre ni la historia de aquel desconocido; únicamente se supo, por sus documentos, que venía de Aquisgrán. El sujeto en cuestión había tomado el nombre de Walhenfer, y en las cercanías de Neuwied poseía una importante fábrica de alfileres. Como todos los fabricantes alemanes, nuestro hombrecillo vestía una redingote de paño común, calzón y chaleco de terciopelo verde oscuro, botas y ancho cinturón de cuero. Tenía, por otra parte, esférica la cabeza y francos y cordiales los modales; pero durante aquella velada apenas logró disimular del todo ciertos recelos íntimos o quizá mortificantes zozobras. El posadero siempre opinó que aquel comerciante alemán huía de su tierra.

Más adelante supe que su fábrica había sido incendiada durante una de tantas tristes peripecias tan frecuentes en tiempo de guerra. A pesar de su aspecto constantemente inquieto, su fisonomía era la de un hombre de bien a carta cabal. Tenía hermosas las facciones, y el cuello ancho y de blancura que hacía tan marcado contraste con su corbata negra, que Guillermo se lo hizo observar, bromeando, a Próspero.

Al llegar aquí el narrador, Taillefer se bebió un nuevo vaso de agua.

--Próspero -continuó Hermann- se brindó cortésmente a compartir su cena con el comerciante, y Walhenfer aceptó sin cumplidos, como quien se hallaba en disposición de corresponder a la galantería: dejó su maleta en el suelo, puso los pies encima de ella, se quitó el sombrero y se desembarazó de sus guantes y de dos pistolas que llevaba al cinto. El posadero colocó, volando, un cubierto, y los tres comensales empezaron a satisfacer casi en silencio su apetito.

La atmósfera del comedor era tan caliente y tan numerosas las moscas, que Próspero rogó al posadero que abriese la ventana practicada encima de la puerta, a fin de renovar el aire. Aquella ventana estaba atrancada con una barra, cuyos extremos encajaban en unos agujeros abiertos en ambas esquinas de las jambas.

Para mayor seguridad, cada uno de los postigos hallábase provisto de un espigón, en el que roscaba una tuerca. Por casualidad, Próspero observó lo que hacía el posadero para abrir la ventana.

--Ya que hablo a ustedes de locales -nos dijo Hermann- he de enterarles de las disposiciones interiores de la posada, pues del exacto conocimiento de los lugares depende el interés de esta historia. El comedor donde se encontraban los tres personajes de quienes vengo hablando, tenía dos puertas de salida. Una de ellas daba al camino que orillando el Rhin conduce a Andernach, y frente a la cual había un pequeño desembarcadero en el que estaba amarrado el bote alquilado por el comerciante para su viaje. La otra puerta daba al patio de la posada, patio rodeado de altísimas paredes, y poblado, aquella noche, de toda clase de bestias de carga y de caballos, a causa de estar atestadas de gente las caballerizas. La puerta principal acababa de ser tan cuidadosamente atrancada que, para no hacerlos esperar demasiado, el posadero había hecho entrar al comerciante y a los marineros por la que daba a la calle o sea la del comedor. Abierta la ventana, según el deseo de Próspero Magnán, el posadero cerró la puerta, atrancándola con barras, que sujetó con tornillos.

El dormitorio del posadero, donde habían de pasar la noche los dos subayudantes, estaba contiguo al comedor y sólo un tabique lo separaba de la cocina, donde la posadera y su marido habían probablemente de dormir. La criada acababa de salir en busca de sitio donde acomodarse, fuese en un pesebre, en una buhardilla o en cualquiera otra parte. Es fácil de comprender que el comedor común, el dormitorio del posadero y la cocina estaban en cierto modo aislados del resto de la posada.

En el patio había dos perrazos, por cuyos roncos ladridos se comprendía que eran guardianes fieles y sumamente irritables.

"--¡Qué silencio y qué noche más hermosa!", exclamó Guillermo mirando al cielo cuando el posadero hubo cerrado la puerta.

En aquel instante no se oía más rumor que el murmurio del río.

"--Señores, dijo el comerciante a los dos franceses, permítanme ustedes que les ofrezca algunas botellas de vino para rociar su carpa. Bebiendo nos aliviaremos de la fatiga del día. Por el aspecto de ustedes y por el estado de sus ropas veo que, como yo, han hecho ustedes mucho camino." Los dos subayudantes aceptaron, y el hostelero salió por la puerta de la cocina para ir a la bodega, situada

indudablemente bajo aquella parte del edificio. Al depositar el posadero cinco venerables botellas sobre la mesa, acababa de servir la cena su mujer, la cual dirigió al comedor y a los manjares una mirada de ama de casa, y, segura de haber colmado todos los deseos de los viajeros, se volvió a la cocina. Los cuatro comensales, pues se convidó al posadero a beber, no la oyeron acostarse; pero, más tarde, durante los intervalos de silencio que entrecortaban la charla de los bebedores, hicieron sonreír a los amigos, y sobre todo al posadero, fuertes ronquidos, que hacían todavía más sonoros las huecas tablas del camaranchón donde aquélla se había metido.

Hacia la media noche, cuando en la mesa no quedaban ya sino algunos bizcochos, queso, fruta seca y buen vino, los bebedores, y especialmente los dos jóvenes franceses, se hicieron comunicativos y hablaron de sus respectivas patrias, de sus estudios y de la guerra. En una palabra, se animó la conversación. Próspero Magnán arrancó algunas lágrimas al comerciante fugitivo cuando, con franqueza picarda y la sencillez de un carácter bondadoso y tierno, supuso lo que sin duda hacía su madre en aquel momento en que él se hallaba a orillas del Rhin...

--La veo leer sus oraciones de la noche antes de acostarse, dijo. !Oh! no, no me olvida, y de seguro se pregunta dónde está su pobre Próspero. No obstante, si en el juego ha ganado algunos sueldos a su vecina, a tu madre, tal vez, añadió empujando el codo de Guillermo, va a meterlos en la gran maceta roja donde acumula el dinero necesario para adquirir las treinta fanegas enclavadas en su pequeña hacienda de Lescheville, y que valen sesenta mil francos. ¡Qué prados aquellos! ¡Ah! si algún día fuesen míos, pasaría toda mi existencia en Lescheville, sin ambición. ¡Cuántas veces mi padre deseó poseer aquellas treinta fanegas y el alegre arroyo que serpentea al través de aquellos prados! Pero el pobre murió sin haber podido adquirirlos, ¡Qué de veces he jugado en ellos!

--Señor Walhenfer, preguntó Guillermo, ¿no tiene usted también su 'hoc erat in votis'?

--Sí, señor, lo tuve, pero ahora... El buen hombre se calló sin terminar la frase.

--Yo, dijo el posadero, cuyo rostro estaba ligeramente encendido, el año pasado compré una viña tras la cual se me iban los ojos ya hacía diez." Los bebedores continuaron charlando como hombres a quienes el vino había desatado la lengua y contrajeron los unos para con los otros esa amistad pasajera de que no somos muy avaros en viaje, de suerte que cuando se levantaron para ir a descansar, Guillermo ofreció su cama al comerciante.

"--Puede usted aceptarla con tanta más franqueza, le dijo, cuanto puedo dormir con Próspero, en cuya compañía no será ésta la primera ni la última vez que lo haga.

Usted es nuestro decano, y es un deber honrar las canas.

--¡Bah!, observó el posadero, la cama de mi mujer tiene muchos colchones; echarán ustedes uno en el suelo." Dichas estas palabras, el posadero cerró la ventana, sin hacer más ruido que el inevitable en esta prudente operación.

"--Acepto, dijo el comerciante. Y en voz baja y mirando a los dos amigos, agregó:

--Y aun confieso que lo deseaba. Mis barqueros no me inspiran confianza. Por esta noche no lamento hallarme en compañía de dos jóvenes y bizarros militares franceses. Llevo en mi

maleta cien mil francos en oro y piedras preciosas." La afectuosa reserva con que los dos subayudantes recibieron tan imprudente confianza tranquilizó al buen alemán. El hostelero ayudó a sus huéspedes a deshacer una de las camas, y arreglado todo lo mejor posible, dióles las buenas noches y retiróse a descansar. Walhenfer y los dos subayudantes bromearon respecto de sus almohadas. Próspero metía su estuche y el de Guillermo bajo su colchón, para levantarlo y suplir de esta suerte la falta de travesaño, en el momento en que, por un exceso de prudencia, el comerciante colocaba su maleta bajo su cabecera.

"--Ambos dormiremos sobre nuestras respectivas fortunas, dijo Próspero al alemán; usted sobre su dinero; yo, sobre mi estuche. Falta saber si mis instrumentos me proporcionarán tanta riqueza como la adquirida por usted.

--Espérelo así, contestó el comerciante. El trabajo y la propiedad todo lo proporcionan, pero con paciencia." Walhenfer y Guillermo no tardaron en dormirse. Ahora bien; ya porque la cama fuese en exceso dura, o porque su gran fatiga produjérale insomnio, o, en fin, por efecto de una fatal disposición de ánimo, es lo cierto que Próspero estaba desvelado y que sus pensamientos tomaron insensiblemente mal camino. El joven pensó exclusivamente en los cien mil francos sobre que dormía el comerciante, y que para él constituían una fortuna inmensa, nunca soñada.

En su imaginación, el subayudante empezó por emplearla de mil maneras diferentes, haciendo castillos en el aire, como nos gusta hacerlos en los instantes que proceden a nuestro sueño, hora en que las imágenes preséntanse confusas en nuestro entendimiento, y en que con frecuencia el silencio de la noche reviste de un poder mágico nuestro pensamiento. Próspero realizaba los anhelos de su madre, compraba las treinta fanegas de prado, y casaba con una señorita de Beauvais, a cuya mano le vedaba aspirar por entonces la desproporción de sus respectivas fortunas. Con aquel dinero el subayudante se procuraba una existencia deliciosa y veíase tal vez feliz padre de familia, rico, apreciado en su provincia, y alcalde de Beauvais. Al joven, como buen picardo, se le fue inflamando más y más la fantasía, y en tal estado buscó el modo de trocar sus ficciones en realidades, y con ardor extraordinario combinó un crimen en teoría. Admitiendo la muerte del comerciante, veía con toda claridad el dinero y las piedras preciosas, que le encandilaban los ojos y hacían palpar su corazón. La deliberación era ya un crimen. Fascinado por aquel montón de oro se emborrachó con argumentos homicidas, preguntóse si aquel pobre alemán tenía necesidad de vivir, y supuso que jamás había existido. En una

palabra, Próspero concibió el crimen de modo que le asegurase la impunidad. La orilla opuesta del Rin estaba ocupada por los austriacos, y como al pie de las ventanas había una barca y marineros, podía degollar a aquel hombre, echarlo al río, huir por la ventana con la maleta, dar un puñado de oro a los barqueros y trasladarse a Austria. Próspero llegó a calcular si el grado de destreza por él adquirida en el manejo de sus instrumentos de cirugía, le permitiría cortar la cabeza de su víctima de modo que ésta no profiriese el menor grito...

En este punto del relato, Taillefer se limpió la frente y bebió agua otra vez.

--Próspero -prosiguió Hermann- se levantó lenta y silenciosamente, y, seguro de no haber despertado a nadie, se vistió y trasladóse al comedor; luego, con la fatal inteligencia que el hombre halla súbitamente en sí, con el asombroso tacto y la energía de voluntad que nunca falta a los presos ni a los criminales en la realización de sus proyectos, destornilló las barras, las sacó de sus agujeros sin hacer el menor ruido, las arrimó a la pared y abrió los postigos, haciendo presión sobre los goznes para amortiguar los chirridos. A la pálida luz de la luna, Próspero entrevió los objetos que había en la habitación donde dormían Guillermo y Walhenfer y por un momento se

detuvo, según el mismo me dijo.

Las palpitaciones de su corazón eran tan violentas, tan profundas y tan sonoras, que lo asustaron; por otra parte, Próspero temía no poder obrar con serenidad; temblábanle las manos y las plantas como si las tuviese apoyadas en carbones encendidos; sin embargo, la ejecución de su designio iba acompañada de tanta dicha, que en aquel favor del azar vio una especie de predestinación. Abrió la ventana, volvió al dormitorio, cogió su estuche y buscó el instrumento más adecuado para realizar el crimen. Al llegar al pie de la cama, según también me dijo él mismo, se encomendó maquinalmente a Dios, y en el momento en que, llamando a sí todas sus fuerzas levantó el brazo, oyó en su interior como una voz, y le pareció ver una luz. Entonces el subayudante tiró su instrumento sobre su lecho, pasó, volando, a la pieza contigua y se asomó a la ventana. Allí se horrorizó de sí mismo, y sintiendo, no obstante, flaquear su virtud, y temeroso aún de sucumbir a la fascinación que se posesionara de él, saltó rápidamente al camino y se paseó a lo largo del Rhin, haciendo, por decirlo así, centinela delante de la posada. En su precipitado paseo, Próspero llegaba repetidas veces a Andernach, y repetidas veces también sus pasos lo conducían a la vertiente por la cual descendiera para llegar a la posada; pero el silencio de la noche era tan profundo, y el joven fiaba tanto en los perros de guarda, que más de una vez perdió de vista la ventana que dejara abierta. Próspero no tenía más propósito que el de cansarse y llamar al sueño. Sin embargo, gracias a su paseo bajo un cielo despejado, que le permitía admirar las esplendorosas estrellas, y tal vez reaccionado por la pureza del aire de la noche y por el melancólico murmullo de las olas, cayó en una divagación que poco a poco lo restituyó a las sanas ideas de la moral. La razón acabó por disipar del todo su momentáneo frenesí. Las enseñanzas de su educación, los preceptos religiosos, y especialmente el recuerdo de su hasta entonces modesta existencia bajo el techo paterno, triunfaron de sus malos pensamientos. Cuando, tras larga meditación, al hechizo de la cual habíase abandonado en la margen del Rhin, con el codo en un pedrusco, tomó nuevamente el camino de la posada, habría podido, no dormir, sino velar junto a mil millones en oro. En el momento en que su probidad se realzó altiva y fortalecida por aquella lucha, en un impulso de éxtasis y contento como en el día de su comunión primera, en el que se tuvo por digno de los ángeles, porque lo había pasado entero sin pecar de palabra, obra ni pensamiento. Próspero regresó a la posada, cerró la ventana sin cuidarse de si hacía o no hacía ruido, y se acostó inmediatamente. Su cansancio moral y físico lo entregó sin defensa al sueño. Poco después de haber reclinado la cabeza en el colchón, cayó en ese estado de soñolencia fantástica que indefectiblemente precede a un sueño profundo. Los sentidos se embotan, entonces, y la vida se anula por grados; los pensamientos se truncan, y los postreros estremecimientos de nuestros sentidos simulan como una

divagación.

"¡Qué pesado está el aire! dijo Próspero entre sí.

Paréceme que respiro un vapor húmedo." El subayudante se explicó vagamente aquel efecto de la atmósfera por la diferencia que forzosamente había de existir entre la temperatura del dormitorio y el aire puro del campo; pero oyendo a poco un ruido acompasado semejante al que producen las gotas de agua de una fuente al caer de la espita, y obedeciendo a un terror pánico, intentó levantarse y llamar al posadero y despertar al comerciante o a Guillermo;

pero en aquel instante, y por su desdicha, se acordó del reloj de palo, y figurándose que aquel ruido provenía del vaivén del péndulo, durmióse en medio de aquella confusa percepción.

--¿Quiere usted agua, señor Taillefer? -preguntó el dueño de la casa, viendo que el banquero cogía maquinalmente la botella y que ésta hallábase vacía.

Después de la breve pausa ocasionada por la observación del banquero, Hermann prosiguió:

--Al otro día, un gran ruido despertó a Próspero, al cual le pareció haber oído voces agudas.

El mozo era presa de esa violenta emoción nerviosa que se siente cuando al despertar, termina una sensación penosa empezada durante el sueño. Se cumple en nosotros un acto fisiológico, un sobresalto, empleando una expresión vulgar, que no ha sido aún suficientemente observado, sin embargo, de encerrar fenómenos curiosos para la ciencia. Tan terrible angustia, causada tal vez por una reunión en extremo súbita de nuestras dos naturalezas, casi siempre separadas durante el sueño, dura con frecuencia muy poco; pero en el desdichado Próspero persistió, y aun se exacerbó de repente, y le causó la más terrible horripilación, cuando vio un charco de sangre entre su colchón y la cama de Walhenfer.

La cabeza del pobre alemán yacía en el suelo, si bien el cuerpo continuaba en

la cama.

Toda la sangre había salido por el cuello. Al ver los ojos aún abiertos y fijos del comerciante, al ver la sangre que manchaba sus sábanas y le teñía las manos y al divisar sobre la cama su instrumento de cirugía, Próspero Magnán se desmayó sobre la sangre de Walhenfer.

"--¡Ay!, me dijo Próspero más tarde, !era ya aquello un castigo de mis pensamientos!" Cuando el subayudante se rehízo, se encontró en el comedor común, sentado en una silla, rodeado de soldados franceses y en presencia de una muchedumbre atenta y curiosa. Próspero miró con estupidez a un oficial republicano que tomaba declaración a varios testigos, e instruía, sin duda, un sumario; pero conoció al posadero, a la posadera, a los dos marineros y a la criada.

El instrumento de cirugía de que el criminal se había servido...

Aquí Taillefer tosió, se sonó y se limpió la frente, pero

únicamente yo me fijé en esos movimientos, que nada tenían de sobrenaturales; los demás convidados tenían los ojos fijos en Hermann y lo escuchaban con cierta avidez. El proveedor se puso de codos en la mesa, apoyó la cabeza en la mano derecha y miró fijamente al narrador, sin que desde aquel instante diese señal alguna de emoción o de interés; no obstante, su fisonomía continuó pensativa y terrosa, como cuando jugaba con el tapón de la botella.

--El instrumento de cirugía de que el asesino se había servido estaba sobre la mesa, con el estuche, la cartera y la documentación de Próspero. Los asistentes posaban alternativamente la mirada en el cuerpo del delito y en el joven, que parecía próximo a exhalar el último aliento, y cuyos apagados ojos nada veían. El confuso rumor que se oía en la parte de afuera atestiguaba la presencia de la muchedumbre atraída a la puerta de la posada por la noticia del crimen, y tal vez también por el deseo de conocer al asesino. Los pasos de los centinelas apostados al pie de las ventanas del comedor y el ruido de sus fusiles, dominaban el murmullo de las conversaciones de la muchedumbre; pero la posada estaba cerrada y el patio desierto y silencioso. Incapaz de soportar la mirada del oficial que lo interrogaba, Próspero Magnán, sintiendo que un hombre le estrechaba la mano, alzó los ojos para ver quién era su protector en medio de aquella muchedumbre enemiga, y en el uniforme de aquél reconoció al cirujano mayor de la media brigada acantonada en Andernach. La mirada del cirujano mayor era tan penetrante, tan severa, que el infortunado Próspero se estremeció y reclinó la cabeza en el respaldo de la silla. Un soldado le dio a oler vinagre y se rehízo al punto. Sin embargo, sus extraviados ojos parecieron

tan privados de vida y de inteligencia, que el cirujano dijo al oficial, luego de haber pulsado a Próspero:

"--Capitán, en este momento es imposible interrogar a ese hombre.

--Pues lléveselo usted, respondió el capitán, interrumpiendo el sumario y dirigiéndose a un cabo que estaba a espaldas del subayudante.

--¡Cobarde!, dijo en voz baja el cabo al joven, a lo menos anda con firmeza en presencia de esos perros alemanes, a fin de salvar el honor de la República." Esta interpelación despertó a Próspero Magnán, el cual se puso en pie y dio algunos pasos; pero al abrirse la puerta, al sentir la impresión del aire exterior, y al ver entrar a la muchedumbre, le abandonaron las fuerzas. Flaqueáronle las rodillas y se tambaleó.

--"Este maldito estudiante merece dos veces la muerte.

¡Anda, con tres mil de a caballo!, dijeron los dos soldados que le daban el brazo para sostenerlo.

--¡Oh! ¡Miren el cobarde!, ¡es él!, ¡es él!, ¡helo aquí!, ¡helo aquí!" Estas palabras a Próspero parecíanle pronunciadas por una sola voz, la voz tumultuosa de la muchedumbre que lo acompañaba injuriándolo, y que cada paso se hacía más formidable. Durante el trayecto de la hostería a la cárcel, el alboroto que el populacho y los soldados promovían al andar, el murmullo de las mil voces, la vista del cielo y la frescura del aire, el aspecto de Andernach y el estremecimiento de las aguas del Rin, constituían otras tantas impresiones que llegaban al alma de Próspero vagas, incoherentes, turbias, como todas las sensaciones que desde su despertar experimentaba.

"--Más de una vez, me dijo, me pareció no existir."

--Entonces yo estaba preso -agregó Hermann abriendo un paréntesis al relato-. Apasionados como lo somos todos a los veinte años, me había echado al campo, en defensa de mi patria, al frente de una compañía de voluntarios organizada por mí en las cercanías de Andernach; pero tres o cuatro días antes de que ocurrieron los sucesos relatados caí de noche en medio de una columna de ochocientos franceses. Nosotros apenas éramos doscientos. Mis espías me habían vendido. Encerrado en la cárcel de Andernach, los invasores resolvieron fusilarme para hacer un escarmiento que atemorizase a los nuestros. Los franceses hablaban también de represalias, mas el asesinato que los republicanos querían vengar en mí no se había cometido en el Electorado. Mi padre, gracias a habersele concedido un plazo de tres días, pudo trasladarse donde estaba el general Augereau, y pedirle mi libertad, que le fue concedida. Vi, pues, a Próspero Magnán al entrar éste en la cárcel de Andernach, y diré que me inspiró la compasión más profunda. Aunque el joven estaba pálido y descompuesto e iba cubierto de sangre, su fisonomía respiraba un candor y una inocencia que me interesaron grandemente. Para mí, Alemania palpitaba en sus largos y rubios cabellos y en sus azules ojos. Verdadera imagen de mi desfallecida patria, vi en él una víctima, no un criminal. Al pasar al

pie de mi ventana, Próspero dirigió, no sé adónde, la sonrisa amarga y melancólica de un loco que recobra por un segundo la luz de la razón. Aquella sonrisa no era la de un asesino. Cuando vi al carcelero le interrogué acerca de su nuevo preso, y me respondió:

"--Desde que está en su calabozo, no ha despegado los labios. Se ha sentado, y con la cabeza en las palmas de las manos, se ha quedado dormido o meditando en lo que le ocurre.

De dar crédito a los franceses, será sentenciado mañana por la mañana, y veinticuatro horas después lo fusilarán."

Por la tarde paseé debajo de la ventana de Próspero todo el tiempo de que podía disponer para pasearme por el patio, y entablada conversación con él, refirióme con la mayor sencillez lo que le sucediera, y respondió, no sin acierto, a cuantas preguntas le hice. Después de aquella primera conversación no me quedó ninguna duda respecto de la inocencia de Magnán. Solicité y obtuve el permiso de pasar algunas horas en compañía del joven, lo cual quiere decir que lo vi con frecuencia. Próspero me inició ingenuamente en todos sus pensamientos. El pobre se tenía simultáneamente por inocente y por

culpable. Recordando la horrible tentación a que había tenido

el tesón de resistir, temía haber realizado, durante el sueño, y en un arrebato de sonambulismo, el crimen que meditara despierto.

"--Pero, ¿y su compañero de usted? -le dije-.

--¡Oh!, exclamó ardorosamente Próspero, ¡Guillermo es incapaz!..." Al oír tan calurosa exclamación, henchida de juventud y de virtud, lo atajé, estrechándole la mano.

"--Mi amigo, al despertar, prosiguió Magnán, indudablemente se habrá asustado y, trastornado la razón, habrá huido.

--Sin despertar a usted, repuse; pero de haber pasado así las cosas, la defensa de usted será fácil, porque no habrá sido robada la maleta del señor de Walhenfer.

--¡Oh! sí, soy inocente, exclamó Próspero echándose a llorar. No he matado.

Recuerdo mi sueño. Estaba jugando a la barra con mis compañeros de colegio. No, en verdad, no puedo, mientras soñaba que corría, haber cortado la cabeza al comerciante."

Después, y no obstante los atisbos de esperanza que a las veces le devolvían la calma, sentíase oprimido por un remordimiento.

Próspero había indudablemente alzado el brazo para cortar la cabeza a Walhenfer, y, juzgándose a sí mismo, no se hallaba puro de corazón después de haber mentalmente consumado el crimen.

"--Y sin embargo, soy bueno, exclamó. ¡Oh madre! ¡Oh pobre madre mía! Quizás en este instante estás jugando alegremente a los naipes, con tus vecinas, en tu saloncito de tapices. ¡Si ella supiese tan siquiera que he levantado la mano para asesinar a un hombre!... ¡Oh! ¡Se moriría! Y yo estoy encarcelado y gravita sobre mí la acusación de haber cometido un crimen. Si no he matado al comerciante, de fijo mataré a mi madre." Próspero, al pronunciar estas últimas palabras, no lloró; pero, animado de la cólera momentánea y viva propia de muchos picardos, se abalanzó a los muros, y contra ellos se habría estrellado la cabeza de no haberlo sujetado.

"--Espere usted el fallo, le dije. Será usted absuelto; es usted inocente. Y su madre...

--Mi madre, exclamó Magnán enfurecido, lo primero que sabrá será mi

acusación. En las poblaciones de escaso vecindario proceden de esta manera.

¡Ah! ¡A mi madre la matará la pesadumbre! Por lo demás, no soy inocente. ¿Quiere usted saber toda la verdad? Conozco que he perdido la virginidad de mi inocencia." Pronunciadas estas terribles palabras, Próspero se sentó, cruzó los brazos, inclinó la frente y clavó, con expresión sombría, los ojos en tierra. En aquel momento entró el carcelero para invitarme a regresar a mi calabozo; pero sintiendo separarme de mi compañero en parecido trance, entregado a un desaliento a mi juicio tan profundo, lo abracé efusivamente y le dije:

"--No desespere usted; quizá todo saldrá bien. Si la opinión de un hombre probo puede aliviar sus penas, sepa usted que le estimo y le quiero. Acepte usted mi amistad, y descanse en mí, si no está usted en paz consigo mismo."

Al otro día, un cabo y cuatro soldados vinieron por el subayudante a las nueve de la mañana. Yo, al oír el ruido que los soldados hicieron, me asomé a la ventana. Próspero, al cruzar el patio, me miró. Jamás olvidaré aquella mirada henchida de pensamientos, de presentimientos, de resignación y de no sé qué triste y melancólica gracia. Fue como un testamento mudo e ininteligible, en virtud del cual un amigo legaba su pérdida existencia a su postrer amigo. No hay duda de que para Próspero aquella noche había sido horrenda y espantosamente solitaria; pero quizá también la palidez de su rostro debíase a un estoicismo hijo de una nueva estimación de sí mismo. Tal vez, purificado por un remordimiento, creía lavar su falta en su dolor y en su afrenta. Magnán andaba con firmeza, y había hecho desaparecer la sangre de que involuntariamente se manchara. "Fatalmente, durante mi sueño he mojado las manos en ella, pues siempre tengo el dormir muy agitado", me había dicho el día anterior con horrible acento de desesperación. El infeliz iba a comparecer ante el consejo de guerra.

Al día siguiente la división debía avanzar, y el jefe de la media brigada no quería salir de Andernach sin castigar el crimen en el lugar mismo donde se cometía... Todo el tiempo que duró el consejo fue para mí de mortal angustia. Por fin, a eso del medio día, Próspero Magnán fue restituido a su calabozo.

En aquel instante daba yo mi paseo acostumbrado. Próspero me vio, y volando se llegó a mí y me abrazó, diciéndome:

"--¡Estoy perdido! ¡Perdido sin remisión! ¡Ay, aquí no seré, para todo el mundo, más que un homicida!" E irguiendo con altivez la frente, añadió:

"--Esta injusticia me ha restituido por entero a mi inocencia. Mi vida hubiera sido una turbación eterna; mi muerte será sin tacha; pero, ¿hay un más allá?" En

esta interrogación súbita, se encerraba todo el siglo XVIII.

Próspero se quedó meditabundo.

"--Pero, bueno, ¿qué ha declarado usted? ¿Qué le han preguntado? ¿Ha explicado usted el caso con la misma sencillez que a mí?"

Magnán me miró largo rato de hito en hito, y tras esta espantosa pausa, me respondió con febril vivacidad:

"--Lo primero que me han preguntado es si salí de noche de la posada, a lo cual he contestado afirmativamente.

"--¿Por dónde salió usted?, ha proseguido mi juez.

--Por la ventana.

--¿Luego la había usted abierto?

--Sí, señor.

--Muy cuidadosamente la abrió usted; el posadero nada oyó".

Yo he quedado estupefacto. Los marineros han declarado haberme visto pasar unas veces hacia Andernach y otras en dirección del bosque. Dicen que he ido y venido repetidamente, y que he enterrado el dinero y los diamantes; porque ha de saber usted que la maleta ha desaparecido. Por otra parte, en lucha con mis remordimientos, cada vez que me decidía a hablar, una voz implacable me decía:

"¡Tu voluntad era cometer el crimen!" Todo hablaba contra mí, hasta yo... Me han interrogado acerca de mi compañero, y lo he defendido a todo trance. Entonces me han dicho: "O usted es el culpable, o lo es su compañero, el posadero o la posadera. Esta mañana, puertas y ventanas estaban cerradas." Al escuchar tal observación, me he quedado sin voz, sin fuerzas y sin aliento, prosiguió Magnán. Y luego agregó:

"--Más seguro de mi amigo que de mí mismo, no podía acusarlo. Entonces, y comprendiendo que a ambos nos tenían por igualmente cómplices del asesinato, y que yo pasaba por el más torpe, he intentado explicar el crimen por el sonambulismo, y justificar a Guillermo; pero no he hecho más que divagar. No hay remedio para mí. He leído mi sentencia de muerte en los ojos de mis jueces, que han

sonreído con incredulidad. Todo ha concluido, ya no cabe incertidumbre. Mañana me fusilarán. No pienso en mí; pienso en mi pobre madre." Próspero se calló y clavó en el cielo los ojos, sin derramar ni una lágrima, sin que ni siquiera se humedecieran sus convulsos párpados. Federico... ¡Ah!, el otro se llamaba Federico. Sí, Federico, exclamó Hermann con gesto de satisfacción.

Mi vecina me dio con el pie y me hizo una seña mostrándome a Taillefer. Éste se había cubierto los ojos con indolencia con la mano; no obstante, al través de sus dedos parecióme ver un fulgor sombrío en su mirada.

--¿Qué me dice usted a eso? -preguntóme al oído mi vecina-.

Si ese hombre se llamase Federico...

Yo respondí con un guiño, como recomendando a la dama que se callase.

Hermann prosiguió en los siguientes términos:

"--Federico, exclamó el subayudante, me ha abandonado indignamente. Se habrá atemorizado, o quizá se haya escondido en la posada, pues nuestras cabalgaduras todavía estaban en el patio esta mañana." Próspero hizo una pausa, y luego continuó:

"--¡El sonambulismo! ¡Qué misterio! Sólo una vez en mi vida tuve de él un acceso, y esto a la edad de seis años." Y pateando el suelo, añadió:

"--¡Ah! ¿saldré de aquí llevándome cuanto de ansiedad hay en el mundo? Así, pues, ¿moriré dos veces dudando de una fraternidad empezada a los cinco años, y continuada en el colegio y en las aulas? ¿Dónde está Federico?, exclamó llorando.

¡Ah!

¿será verdad que nos apegamos a un afecto más que a la vida? Volvámonos dentro; prefiero estar en mi calabozo. No quiero

que me vean llorar. Iré con firmeza a la muerte, pero no me gusta el heroísmo a destiempo, y confieso que me duele morir joven, en lo mejor de la existencia. Esta noche no he dormido; he evocado mi infancia, y me he visto a mí mismo corriendo por los prados cuyo recuerdo fue quizá causa de mi perdición." Magnán se calló, y a poco prosiguió:

"--Yo era hombre de porvenir, y ese porvenir quedará destruido cuando el subteniente que mande los doce hombres que han de fusilarme les dé las voces de ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego! ¡Y se oirá un redoble de tambor! ¡Y caerá sobre mí el velo de la infamia! ¡Oh! hay un Dios, lo hay. De lo contrario, sería espantosamente irrisorio lo de este mundo." Próspero me abrazó con vehemencia, y agregó:

"--Usted es el único hombre en quien habré podido desahogar mi alma. Usted recobrará la libertad, y verá a mi madre. Ignoro si es usted rico o pobre, pero no importa; en usted se encierra para mí el mundo entero.

Los franceses y los alemanes no se pelearán eternamente. Pues bien; cuando hayan hecho las paces, vaya usted a Beauvais, y allí encontrará usted a mi madre, si es que sobrevive a la noticia de mi muerte. Si vive, transmítale usted estas palabras: "¡Era inocente!_" Mi madre le creará a usted. Voy a escribirle; pero usted le llevará mi última mirada, y le dirá que es usted el último hombre a quien yo abracé. ¡Ah!, ¡qué afecto sentirá por usted la infortunada!, ¡por usted, que habrá sido mi último amigo!" Próspero se calló, y quedando, por un instante, como abrumado bajo el peso de sus recuerdos, continuó:

"--Aquí, jefes y soldados me son desconocidos, y todos ellos me miran con horror.

A no ser por usted, mi inocencia sería un secreto entre Dios y yo..."

Juré a Próspero cumplir santamente su última voluntad, y mis palabras, mi efusión de alma lo enternecieron. Poco después volvieron por Magnán los soldados y lo condujeron

ante el consejo de guerra. El pobre había sido condenado a muerte. Ignoro las formalidades que debían seguir o acompañar a aquel primer fallo, como también si el joven cirujano defendió su vida apurando todos los recursos, lo cierto es que, convencido de

que a la mañana siguiente lo fusilarían, pasó la noche escribiendo a su madre.

"--Los dos quedaremos libres, díjome Próspero, sonriendo, al visitarlo yo al otro día; he sabido que el general ha firmado el indulto de usted." Yo guardé silencio, y miré con fijeza a mi amigo, para grabar hondamente en mi memoria sus facciones. Magnán dio entonces a su semblante una expresión de disgusto, y me dijo:

"--He sido tristemente cobarde.

He pasado toda la noche pidiendo mi indulto a esas paredes." Y al decir esto, Próspero me mostró las de su encierro. Luego añadió: "--Sí, he aullado de desesperación, me he rebelado, he padecido la más espantosa de las agonías morales. ¡Ay!, ¡estaba solo! Ahora pienso en lo que van a decir los demás... El valor es una costumbre que todos podemos adquirir. Debo caminar decorosamente a la muerte...

Por otra parte..."

III. Las dos justicias

--¡Oh!, ¡no concluya usted! -exclamó la joven que había pedido la historia, interrumpiendo de este modo y prontamente al nuremburgués-. Quiero quedarme en la incertidumbre y creer que

se salvó. Si sé que lo fusilaron, pasaría desvelada toda la noche. Mañana me contará usted el resto.

Nos levantamos de la mesa, y al aceptar el brazo de Hermann, mi vecina le preguntó:

--Lo fusilaron, ¿no es cierto?

--Sí. Y yo presencié la ejecución -contestó Hermann.

--¡Cómo! -exclamó la dama interrogadora-. ¿Usted pudo?...

--Cumplí los deseos del infeliz, señora. Y puedo decir que tiene algo de espantoso seguir el cortejo de un hombre vivo, de un hombre a quien estimamos, de un inocente. Aquel infortunado joven no apartó de mí la mirada, como si ya no alentase más que en mí. Y es que, según él me dijera, quería que yo llevase su último suspiro a su madre.

--¿La vio usted?

--Cuando la paz de Amiens, vine a Francia, en religiosa romería, para decirle estas consoladoras palabras: "Era inocente". Pero la desdichada señora había muerto de consunción.

En cuanto a la carta que Próspero me confió, la quemé, hondamente conmovido. Quizá se burle usted de mi exaltación germánica; pero vi un drama de melancolía sublime en el secreto eterno que iba a sepultar con aquella despedida lanzada entre dos tumbas, ignorada de todos, como una voz proferida en el desierto y por el viajero a quien sorprende un león.

--Y si lo pusiesen a usted frente a uno de los hombres presentes en este salón, diciéndole: ¡He aquí al asesino!, ¿no sería, eso otro drama? -le pregunté yo, interrumpiéndolo-. Y ¿qué haría usted? Hermann fue por su sombrero y salió.

--Obra usted tan de ligero como un niño -me dijo mi vecina-. ¡Mire usted a Taillefer!

Está sentado en una mecedora, junto a la chimenea, y Fanny le presenta una taza de café. Mírelo usted -añadió-; se está sonriendo, y un asesino, a quien este relato hubiera puesto en el potro del tormento, no podría mostrarse tan calmado. Su aspecto es verdaderamente patriarcal.

--No lo niego -exclamé-; pero vaya usted y pregúntele si ha guerreado en Alemania.

--¿Por qué no?

Y con la audacia de que rara vez carecen las mujeres, cuando les halaga lo que van a hacer, o cuando las domina la curiosidad, mi vecina se acercó al proveedor y le preguntó si había estado en Alemania.

--¿Yo? No, señora -contestó Taillefer, temblándole el plato en la mano.

--¿Qué dices, Taillefer? -replicóle el banquero atajándole-. ¿No tenías a tu cargo el abastecimiento de víveres en la campaña de Wagram?

--¡Ah!, ¡es verdad! -contestó el proveedor-. Estuve, efectivamente, en Alemania.

--Se engaña usted; es un hombre de bien -me dijo mi vecina volviendo a mi lado.

--Pues yo garantizo a usted -repuse-, que antes de haber terminado la tertulia haré salir del cieno en que se oculta al asesino.

Todos los días pasa a nuestra vista un fenómeno moral de profundidad asombrosa, y sin embargo, sobradamente sencillo para llamar la atención. Si en una reunión se encuentran dos

individuos, uno de los cuales tiene el derecho de menospreciar o de odiar al otro, sea por el conocimiento de un acto íntimo y latente de que está inficionado, sea por una sospecha, o bien por una venganza futura, aquellos dos hombres se adivinan, y presienten el abismo que los separa o va a separarlos. Se observan involuntaria y mutuamente; se preocupan consigo mismos; sus miradas, sus ademanes traspiran la indefinible emanación de sus pensamientos; hay entre ellos un imán. No sé cuál de los dos se atrae con más fuerza, si la venganza o el crimen, el odio o el insulto. Semejantes al sacerdote que no podía consagrar la hostia en presencia del espíritu maligno, ambos están como en ascuas, recelosos: el uno es cortés; el

otro, no sé cual, está sombrío; el uno se pone encendido o pálido; el otro tiembla. Con frecuencia el verdugo es tan cobarde como la víctima, porque pocos tienen el valor de causar un

mal, aun necesario, y muchos se callan o perdonan por aborrecer el escándalo, o temerosos de un trágico desenlace. Esta introspección de nuestras almas y de nuestros sentimientos ocasionaba una lucha misteriosa entre Taillefer y yo. Desde que, durante el relato de Hermann, lo interpele por vez primera, él esquivaba mis miradas; ¡y quién sabe si esquivaba asimismo las de los demás convidados! Taillefer charlaba con la inexperta Fanny, la hija del banquero, sin duda porque, como todos los criminales, necesitaba aproximarse a la inocencia, con la esperanza de hallar reposo al lado de ella. Aunque apartado de él, yo lo oía, y mi penetrante mirada lo fascinaba. Cuando el proveedor imaginaba que podía atisbarme impunemente, nuestras miradas tropezaban, y sus párpados se bajaban al punto. Cansado de tal suplicio, Taillefer se apresuró a darle fin, poniéndose a jugar; pero tampoco allí cejé: me acerqué al tapete y aposté a favor del adversario del proveedor, pero con el deseo de perder, como efectivamente perdí. Luego reemplacé al jugador saliente y me encontré cara a cara con el asesino.

--Caballero -le dije, mientras éste me daba los naipes-, ¿me hace usted el favor de 'desmarcar'?

Taillefer hizo pasar, no sin presteza, y de la izquierda a la derecha, sus tantos, mientras mi vecina, que se había puesto a mi lado, le dirigía una mirada significativa.

--¿Será usted por ventura el señor Federico Taillefer, a cuya familia conocí mucho en Beauvais? -pregunté al proveedor.

Taillefer me respondió afirmativamente, soltó sus cartas, palideció, llevóse las manos a la cabeza, rogó a uno de sus apostadores que jugase por él, y se levantó, diciendo:

--Hace un calor insoportable, y temo...

Se interrumpió, y salió, presa de horribles sufrimientos, a juzgar por su rostro.

El dueño de la casa acompañó al proveedor, pareciendo interesarse vivamente por él.

Mi vecina y yo cruzamos una mirada; pero en la fisonomía de aquella se transparentó no sé qué amarga tristeza.

--¿Le parece a usted misericordiosa su conducta, caballero? -me preguntó mi vecina, conduciéndome al vano de una ventana en el momento en que yo dejaba el juego después de haber perdido-. ¿Querría usted aceptar la facultad de leer en todos los corazones? ¿Por qué no dejar libre la acción de la justicia humana y de la justicia divina? Si rehuimos la una, nunca nos sustraemos a la otra. ¿Tan dignos de envidia son los privilegios de un presidente de sala? Casi ha ejercido usted de verdugo.

--¿Después de haber compartido y estimulado mi curiosidad, me viene usted con ésas? -repliqué.

--Me ha hecho usted reflexionar -me contestó mi vecina.

--Pues dejemos en paz a los malvados, declaremos la guerra a los infelices y endiosemos el dinero. Pero no hablemos más de eso -añadí, riéndome-. Mire usted a la joven que en este instante entra en el salón.

--Ya la miro. ¿Qué más?

--Hace tres días la vi en el baile de la embajada de Nápoles, y me enamoré de ella apasionadamente. Si usted sabe cómo se llama esa joven, hágame la gran merced de decírmelo.

Nadie ha podido...

--Es la señorita Victorina Taillefer.

La vista se me nubló.

--Su madrastra -siguió diciendo mi vecina, de la que apenas oía la voz- la ha sacado hace poco del colegio, donde ha terminado tardíamente su educación. Durante largo tiempo su padre se ha negado a legitimarla. Hoy es el primer día que viene aquí. Es muy bella y muy rica.

Mi vecina acompañó estas palabras con una sonrisa sardónica. En esto oímos gritos violentos, pero ahogados. Parecían salir de una estancia contigua, y se extendían débilmente por el jardín.

--¿No es esa la voz de Taillefer? -exclamé.

Prestamos al rumor toda nuestra atención, y a nuestros oídos llegaron lamentos espantosos. La mujer del banquero se nos acercó volando, y cerró la ventana, diciendo:

--Evitemos males mayores.

Si la señorita Taillefer oyese a su padre sería fácil que padeciese un ataque de nervios.

El banquero volvió al salón, en busca de Victorina, y le dijo dos palabras en voz baja.

La joven lanzó un chillido, corrió a la puerta y desapareció. Este suceso impresionó profundamente a la concurrencia.

Cesó el juego, y cada cual interrogó a su vecino. A poco aumentó el rumor de las voces, y se formaron grupos.

--¿Por ventura el señor Taillefer se habría...? -pregunté.

--¿Suicidado? -exclamó mi vecina con guasa-. Tengo para mí que llevaría usted alegremente el luto.

--Pero bueno -repliqué-, ¿qué ha pasado?

--El pobre señor -contestó la dueña de la casa- padece una enfermedad de cuyo nombre no me acuerdo, a pesar de habérmelo dicho el señor Broussón repetidas veces, y acaba de tener un ataque.

--¿Qué clase de enfermedad es ésa? -preguntó de improviso un juez.

--Es una dolencia terrible, caballero -contestó la dama-.

Los médicos no saben cómo aplacarla. Parece que causa atroces sufrimientos. Cierta día en que el infeliz Taillefer padeció un acceso durante su estancia en mis posesiones, me vi obligada a

trasladarme a casa de una de mis vecinas para no oírlo; da unos gritos horribles y quiere suicidarse; en aquel entonces su hija no tuvo otro remedio que

hacerlo agarrotar en su cama y ponerle una camisa de fuerza. El pobre se figura que tiene en la cabeza animales que le roen los sesos y le producen dolores insoportables en el interior de cada nervio. Es tanto lo que sufre de la cabeza, que no sentía las moxas que tiempo atrás le aplicaban intentando distraerlo; pero el señor Broussön, a quien Taillefer nombró su médico de cabecera, las prohibió, bajo el supuesto de que la enfermedad era una inflamación nerviosa, contra la cual no había otra cosa que hacer sino aplicar sanguijuelas al cuello y opio a la cabeza. Y, en efecto, los accesos se hicieron menos frecuentes, y no ha vuelto a padecerlos más que de año en año, a fines de otoño. Al restablecerse, Taillefer repite constantemente que habría preferido perecer enrodoado a sufrir tales dolores.

--Por lo que se ve, sufre muchísimo -dijo un corredor de bolsa, hombre culto de la tertulia.

--¡Oh! -exclamó la dama-.

El año pasado poco faltó para que sucumbiera. Estaba solo en sus posesiones, con motivo de cierto asunto urgente, y quizá por falta de auxilio, pasó veintidós horas tendido, envarado y como un cadáver. De la muerte únicamente pudo salvarlo un baño caliente.

--Entonces, ¿esa enfermedad es una especie de tétanos? -preguntó el corredor.

--No lo sé -contestó la dama-. Todo lo que puedo decir es que hace cosa de treinta años que Taillefer padece de tal dolencia, contraída en campaña.

Él dice que se le introdujo una astilla en la cabeza al caer en un bote; pero Broussön tiene esperanzas de curarlo. No falta quien supone que los ingleses han encontrado el modo de tratar sin peligro esa enfermedad por medio del ácido prúsico.

En esto resonó por todos los ámbitos de la casa un grito más penetrante que los anteriores, y que nos heló de espanto.

--Eso me temía yo -dijo la mujer del banquero-. Y eso me

tenía inquieta y me crispaba los nervios. Lo extraordinario, empero, es que el pobre Taillefer, con sufrir tan horrorosamente, no se muere, y come y bebe ese suplicio horrible.

¡Qué extraña es la naturaleza! Un médico alemán le dijo que lo que tenía en la cabeza era una especie de gota; lo que concordaría, hasta cierto punto, con el parecer de Broussön.

Me separé del grupo que circundaba a la dueña de la casa, y salí con la señorita Taillefer, por la cual vino un criado...

--¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! -exclamó la joven, echándose a llorar-. ¿En qué os ha ofendido mi padre para hacerse acreedor de tales martirios?... ¡Un hombre tan bondadoso!

Bajé la escalera con la hija de Taillefer, y, al ayudarla a subir al coche, vi en él al proveedor, como replegado sobre sí mismo. La señorita Taillefer trató de ahogar los ayes de su padre tapándole la boca con un pañuelo. Desgraciadamente el proveedor me vio, y, al verme, se le crispó aún más el rostro, lanzó un grito convulsivo y me dirigió una mirada terrible a tiempo que el coche arrancaba.

Aquella comida y aquella tertulia ejercieron un cruel influjo en mi vida y en mi modo de sentir. Me había enamorado de la señorita Taillefer, justamente quizá porque la honra y la delicadeza me vedaban aliarme con un asesino, aun cuando fuese este modelo de padres y esposos.

Una fatalidad increíble me arrastraba a hacerme presentar
en las casas donde sabía que podía encontrar a Victorina.

A menudo, después de haberme jurado a mí mismo renunciar a verla, por la noche me hallaba a su lado. Lo que yo gozaba era indecible. Mi legítimo amor, henchido de quiméricos remordimientos, tenía todas las apariencias de una pasión criminal.

A mí mismo me causaba asco el saludar a Taillefer, cuando, por casualidad, se hallaba con su hija; pero lo saludaba. Por desgracia, Victorina es, no solamente hermosa, sino instruida, de claro entendimiento y llena de gracias, sin pizca de pedantería, sin presunción. Es circunspecta en el hablar, y su carácter es un compuesto de gracias melancólicas irresistibles.

Me ama, o por lo menos así me lo da a entender, pues únicamente reserva para mí cierta sonrisa, y, para mí, su voz, tan suave, se suaviza aún más.

¡Oh! sí, me ama; pero adora en su padre, del cual me ensalza la bondad, la dulzura y las exquisitas cualidades que lo adornan, elogios que para mí son otras tantas puñaladas asestadas en el corazón. Cierta día vine a ser casi cómplice del crimen base de la opulencia de la familia Taillefer: quise pedir la mano de Victorina.

Entonces huí, viajé, y, pasando por Alemania, me fui a Andernach; pero regresé, y encontré a Victorina pálida y enflaquecida. Si la hubiese vuelto a ver llena de salud, alegre, mi salvación era segura; pero al encontrarla en tal estado se reavivó con violencia extraordinaria mi pasión. Ahora bien; temeroso de que mis escrúpulos degenerasen en monomanía, resolví convocar un tribunal de conciencias puras, a fin de derramar alguna luz sobre aquel problema de alta moral y de filosofía. El asunto se había complicado mucho más aún desde mi regreso. Anteayer, pues, reuní a aquellos de mis amigos a quienes conceptúo más idóneos en materia de probidad, delicadeza y honor, y, además, invité a dos ingleses, secretario de embajada el uno y puritano el otro, a un ex ministro en toda la madurez de la política, a dos jóvenes todavía en el candor de la inocencia, a un sacerdote, a un anciano, a mi antiguo tutor, hombre sencillo que me ha rendido las más intachables cuentas de tutela de que hay memoria en la Audiencia, a un abogado, a un notario, a un juez; en una palabra, reuní todas las opiniones sociales y todas las virtudes prácticas. Lo primero que hicimos fue comer bien, hablar mucho y gritar más; a los postres conté candorosamente mi historia, y pedí un buen parecer, callándome el nombre de Victorina.

--Aconséjenme ustedes, amigos míos -les dije, para terminar-. Discutan ustedes largamente el asunto, como si se tratase de un proyecto de ley. Van a traer a ustedes la urna y las bolas de votar, y votarán en pro o en contra de mi matrimonio, con todo el secreto que un escrutinio requiere.

De pronto guardaron todos el más profundo silencio, que fue interrumpido por el notario, que se excusó y dijo:

--Aquí lo que hace falta es un contrato.

En cuanto a mi ex tutor, el vino lo había reducido al silencio, y era preciso ponerlo a él en tutela para que no aconteciese ningún fracaso al regresar a su casa.

--Comprendo -exclamé-. Resistirse ustedes a darme su dictamen, equivale a decirme claramente lo que he de hacer.

Los reunidos se miraron unos a otros, y un propietario que se

había suscrito a favor de los niños y contribuido a la erección de la tumba del general Foy, dijo, en voz que parecía grito:

--¡Igual que la virtud, el crimen tiene grados!

--¡Es un charlatán! -me dijo en voz baja el ex ministro, dándome un codazo.

--¿Dónde está la dificultad? -preguntó un duque, cuya fortuna consiste en bienes confiscados a protestantes refractarios cuando la revocación del edicto de Nantes.

--En derecho -declaró el abogado levantándose-, la 'especie' que se nos ha sometido no envolvería la menor dificultad.

El señor duque ha dicho bien.

¿No hay prescripción? ¡Medrados estaríamos si hubiésemos de investigar el origen de las fortunas! Éste es un asunto de

conciencia. Si se empeña usted en llevar la causa ante un tribunal, acuda usted al de la penitencia.

Callóse el código hecho carne, se sentó y se echó al colete de un trago una copa de champagne. Tras él se levantó el hombre encargado de explicar el Evangelio, el buen sacerdote, que dijo con firmeza:

--Dios nos ha hecho frágiles. Si usted ama a la herencia del crimen, case usted con ella; pero conténtese con los bienes matrimoniales y dé a los pobres los del padre.

--Pero, señores -exclamó uno de esos porfiados contumaces tan abundantes en sociedad-, es muy posible que si el padre casó con mujer acaudalada fuera por la única razón de haberse enriquecido; de donde se sigue que todos, absolutamente todos sus goces han sido fruto del crimen.

--La discusión en sí es ya una sentencia -exclamó mi ex tutor, creyendo ilustrar a la reunión con una salida de borracho-. Hay cosas respecto de las cuales los hombres no deliberan.

--Es verdad -dijo el secretario de embajada.

--Es verdad -exclamó el sacerdote.

Secretario y sacerdote no se entendían.

Un doctrinario al cual únicamente habían faltado ciento cincuenta votos, sobre ciento cincuenta y cinco votantes, para ser elegido, se levantó y dijo:

--Señores, este portentoso accidente de la naturaleza intelectual es uno de los que con más viveza arrancan del estado normal a que la sociedad se halla sometida. Así, la decisión que tomemos ha de constituir un acto extemporáneo de nuestra conciencia, un concepto repentino, un juicio instructivo, un viso fugaz de nuestra aprensión íntima bastante semejante a la vivacidad de sensaciones que integran el gusto. Votemos.

--¡Votemos! -exclamaron a una mis convidados.

Hice repartir entre ellos sendos pares de bolas, una blanca y otra roja. El blanco, emblema de la virginidad, proscribía el matrimonio, y la bola roja lo aprobaba. Yo, por delicadeza, me abstuve de votar.

Mis amigos eran diecisiete; por lo tanto, el número nueve formaba mayoría absoluta. Cada cual fue a echar su bola en la cesta de mimbre y cuello estrecho en que se agitan las bolas numeradas cuando los jugadores toman vez. Realmente no dejó de despertárenos la curiosidad, pues aquel escrutinio de moral depurada no carecía de originalidad.

Al extraer las bolas, hallé nueve blancas. Este resultado no me sorprendió; pero, al contar los jóvenes de mi edad que figuraban entre mis jueces, noté que eran nueve; y todos habían coincidido en el mismo pensamiento.

--¡Oh!, ¡oh! -dije entre mí-. Hay unanimidad secreta en pro del matrimonio, y unanimidad en contra. ¿Cómo salir del atolladero?

--¿Dónde vive el suegro? -preguntó atolondradamente uno

de mis compañeros de colegio, menos disimulador que los demás.

--¿Qué suegro ni qué niño muerto? -exclamé-. Antes mi conciencia hablaba con bastante claridad para hacerme superfluo vuestro fallo. Y si hoy su voz se debilitó, aquí está la causa de mi cobardía. Hace dos meses recibí esta seductora carta.

Dije, y mostré a la concurrencia la invitación siguiente,

que saqué de mi cartera:

"Ruego a usted se sirva asistir al cortejo, oficio divino y entierro de don Juan Federico Taillefer, de la casa Taillefer y C.a, proveedor, caballero de la Legión de Honor y de la Espuela de Oro, capitán de la primera compañía de granaderos de la Guardia Nacional de París, fallecido el primero de mayo en su domicilio, calle de Joubert, y que se celebrarán el..., etc.

'De parte de'... etc."

--¿Qué hago ahora? -dije-.

Voy a plantear a ustedes, con todos sus detalles, el problema.

Verdaderamente hay una charca de sangre en las posesiones de la señorita Taillefer; la herencia de su padre es una corrupción. Lo sé. Pero Próspero Magnán no dejó herederos, ni he podido dar con la familia del fabricante de alfileres en Andernach. ¿A quién hay que devolver la fortuna? Además, ¿hay que devolverla toda? ¿Tengo yo derecho a aprovecharme de un secreto sorprendido, a aumentar con una cabeza cortada el dote de una joven inocente, a producirle malos sueños, quitarle una ilusión gratísima, a matar por segunda vez a su padre, diciéndole que todo su dinero está manchado? He pedido prestado el 'Diccionario de los casos de conciencia' a un anciano sacerdote, y no he hallado en él solución a mis dudas. ¿Instituir una obra pía por las almas de Próspero Magnán, de Walhenfer y de Taillefer? Estamos en pleno siglo XIX. ¿Fundar un hospicio o instituir un premio a la virtud? El premio a la virtud se lo llevarían los bribones. En cuanto a los hospitales, creo que casi todos ellos han venido a parar en albergue del vicio. Por lo demás, esa distribución del dinero, más o menos provechosa a la vanidad, ¿equivaldría a la reparación? Y ¿la debo yo? Además, yo amo, y amo apasionadamente. Mi amor es mi vida. Si propongo, sin motivo, a una joven acostumbrada al lujo, a la elegancia, a una vida fecunda en goces artísticos, a una joven que se recrea en escuchar perezosamente en los Bufos la música de Rossini, si le propongo que se prive de millón y medio de francos en pro de ancianos estúpidos o mentirosos sarnosos, me volverá las espaldas riéndose, o su doncella me tomará por un gracioso de mal género. Si, en un éxtasis de amor, le pondero los hechizos de una vida modesta y mi casita a orillas del Loira, si le pido el sacrificio

de su vida parisiense en nombre de nuestro amor, en primer lugar eso será una mentira virtuosa; luego, tal vez hallaré en ello una triste experiencia, y perderé el corazón de la muchacha, apasionada por el baile y por las galas, y, por lo pronto, loca por mí. Me la arrebatará un oficialillo delgaducho y barbilindo, de bigote rizado, que tocará el piano, alabará a lord Byron y montará bien a caballo. ¿Qué hacer? Por favor, denme ustedes un consejo, señores.

El hombre probo, aquella especie de puritano parecido más que medianamente al padre de Jenny Deans, de quien ya he hecho mención, y que hasta entonces no había despegado los labios, se encogió de hombros y me dijo:

--¡Bobalicón! ¿Por qué le preguntaste si era de Beauvais?

FIN